

RESEÑAS

Friedrich Katz

La Guerra Secreta en México, vol. 2, La Revolución Mexicana y la tormenta de la Primera Guerra Mundial, México, Ediciones Era, 1982, 348 pp.

Hace doce años, poco tiempo después de haber concluido los diez tomos de su **Historia moderna de México**, don Daniel Cosío Villegas confió a uno de sus discípulos (Enrique Krauze) las primicias de un bosquejo al que no consiguió dar realidad. "He estado pensando —dijo— qué podría hacer después de concluir la **Historia**. Lo primero que pensé que podría yo estudiar es un episodio diplomático dentro de la Revolución Mexicana, porque la historia diplomática es atractiva y hay documentación. Muy recientemente me ha nacido la idea de emprender un trabajo con un tema limitado, manejable, en un periodo de tiempo relativamente corto, pero un tema que tenga una gran utilidad para el entendimiento de los actuales problemas de México". Precisamente por esos días, en un acto de inimaginable resarcimiento con el anterior propósito, Friedrich Katz, un puntilloso historiador de origen austriaco adscrito a la Universidad de Chicago, bien apreciado por don Daniel, resolvió abandonar la preparación al español de su libro **Deutschland, Díaz und die mexikanische Revolution**, para proyectar, a cambio, un análisis acerca del enjambre de intereses económicos y políticos internacionales que se exhibieron —y se disfrazaron— sobre el bastidor provisional de la Revolución Mexicana. Entonces, la simultaneidad de intenciones pareció de casual insignificancia.

El momento coincidente entre el triunfo del constitucionalismo y el surgimiento de la Primera Guerra Mundial ofrece a Katz la ocasión para examinar el cambio de ciertas actitudes de las grandes potencias hacia México a partir del avance de la conflagración internacional; asimismo, le proporciona la oportunidad de confirmar que las estrategias emprendidas por los gobiernos de Inglaterra, Alemania y Estados Unidos en América Latina y Asia no siempre fueron uniformes ni rígidas, pues con frecuencia buscaron simpatías o, en el mejor de los casos, alianzas con los más diversos grupos políticos nacionales.

Se recuerda que la familiaridad de Katz con los archivos mexicanos, norteamericanos y alemanes, así como su escrupulosa práctica hermenéutica, le permitieron a Cosío Villegas conjeturar, por lo menos, originalidad y rigor intelectual en sus resultados; curiosos le habrían parecido los frutos que ahora nos entrega Katz en el volumen dos de **La Guerra Secreta en México**, encuadrados como están dentro de aquel episodio que él imaginó explorar. Se trata de un estudio copiosamente documentado sobre un tema preciso (La Revolución Mexicana y la tormenta de la Primera Guerra Mundial, 1917-1920) que traza rigurosa y articuladamente la amalgama de intereses económicos ingleses, norteamericanos, alemanes y franceses y revela, al mismo tiempo, las operaciones de espionaje realizadas por sus gobiernos en nuestro territorio.

Contemplado en este contexto, el caso de México es típico: por

una parte desnuda la artificiosa enmienda a la voluntad política de esos gobiernos y, por la otra, muestra nitidamente una postura asumida por muchos revolucionarios de la época, a saber, aprovechar los conflictos entre las grandes potencias para sus propios fines. Ignorando lo anterior, no pueden comprenderse cabalmente los dispares juicios, cristalinos y severos, que en diferentes circunstancias les mereció a las grandes potencias nuestro país y su revolución social. En agosto de 1914, por ejemplo, una vez derrotado el huertismo, los carrancistas eran para el Ministerio de Relaciones Exteriores alemán "una horda de hunos que se dicen constitucionalistas", y cuatro años más tarde, en descargo, el gobierno alemán, convertido en gratuito admirador de Carranza, confesaba sentir una mezcla de pasmo y fascinación por "el odio que arde en el corazón de cada mexicano por el tradicional enemigo del norte". En la plataforma contraria, durante los primeros meses de 1914, el presidente norteamericano, Woodrow Wilson, respaldado por la consigna de "enseñar a las repúblicas latinoamericanas a elegir hombres buenos", comprometidos con la democracia parlamentaria, "dio todo su apoyo a los constitucionalistas —afirma Katz—, haciendo prácticamente inevitable su victoria".

Tres años después, sin el menor espíritu de concordia y agraviado por las facilidades que el primer jefe del constitucionalismo concedió a la propaganda y al espionaje germanos, el presidente Wilson llegó a la subjetiva conclusión de percibir en Carranza a "un pedante asno".

De modo que *La Guerra Secreta* desmonta el conjunto de peripecias realizadas por Carranza para contrarrestar las presiones de Wilson y mantenerse alejado de cualquier compromiso con el gobierno británico, e igualmente narra en detalle la truculenta empresa alemana de involucrar a México en un conflicto armado con Estados Unidos para impedir, o por lo menos retrasar, la ayuda de éste a los aliados. Para Katz la posición de México ante la Primera Guerra Mundial transita, dentro de su neutralidad, de una postura de simpatía con los aliados (provocada por el acendrado prohuertismo alemán) hacia un respaldo encubierto de la causa de los Imperios Centrales (originado por el propósito de buscar, por un lado, un contrapeso a la creciente influencia económica norteamericana y, por el otro, la defensa frente a los amagos de intervención ensayados con motivo de la Expedición Punitiva).

Katz observa dos finalidades primordiales en la política norteamericana hacia México entre 1917 y 1918. La primera fue evitar un conflicto armado con México para disponer de las fuerzas armadas en otros lugares; y la segunda, impedir, con presiones políticas y económicas, la aplicación de los principios de la Constitución. La primera posibilidad empezó a preocuparle en realidad al presidente Wilson desde principios de 1915, cuando un grupo de norteamericanos de ascendencia mexicana expidió en Texas el Plan de San Diego, el cual llamaba a un levantamiento de mexicano-norteamericanos y negros contra el dominio anglo-norteamericano en los Estados de Texas, Nuevo México, Arizona, Colorado y California; según observadores de la época, el grupo carrancista intentó utilizar dicho plan para presionar al gobierno norteamericano y obli-

garlo a reconocer a Carranza como única autoridad legal en México.

Posteriormente, en enero de 1917, a punto de incorporarse Estados Unidos al bando de los Aliados (ingresados en abril de ese año), Alemania ofrecería un motivo tangible para tal preocupación. En un telegrama enviado a Carranza por el ministro de Relaciones Exteriores alemán, Alfred Zimmerman —interceptado, para desgracia germana, por el servicio secreto inglés antes de llegar a su destino—, el *Kaiser* sugirió al gobierno carrancista el siguiente acuerdo: "Propo-nemos a México una alianza bajo la siguiente base: dirección conjunta de la guerra, tratado de paz en común, abundante apoyo financiero y conformidad de nuestra parte en que México reconquiste sus antiguos territorios en Texas, Nuevo México y Arizona". Y aunque Carranza, al ser cuestionado sobre el particular, declaró que México no tenía interés alguno en que la guerra se extendiera al continente americano, puede decirse que desairó al embajador norteamericano en nuestro país al rechazar "repudiarla inequívocamente" como éste se lo había requerido.

En realidad, el telegrama de Zimmerman sólo significó un plan más de la diplomacia germana para provocar enfrentamientos armados entre México y Estados Unidos; ya meses antes, por cierto, agentes alemanes habían buscado sin éxito un acuerdo entre Carranza y Villa para expulsar al contingente encargado de la Expedición Punitiva. Por lo demás, Katz considera que "si Carranza realmente hubiera ataca-do a Estados Unidos confiando en la propuesta de Zimmerman, el gobierno alemán no sólo se habría negado a ratificar la alianza propuesta, sino que su

ofrecimiento de abundantes armas y municiones era ilusorio".

El segundo objetivo de la política norteamericana en México, es decir, el empeño por neutralizar los efectos de la Constitución de 1917 e impedir el considerable aumento del impuesto a la producción de petróleo, reveló un hecho comúnmente soslayado por algunos historiadores: la divergencia entre los proyectos globales de los gobiernos de las potencias y los intereses económicos específicos de las grandes compañías; por ejemplo, la agresividad y la intransigencia de algunas empresas norteamericanas contrastó con la tolerancia de su gobierno. "En tanto que las compañías norteamericanas —sostiene Katz— se proponían el derrocamiento violento del gobierno, la administración de Wilson estaba resignada a que Carranza permaneciera en el poder hasta el fin de la guerra".

La política inglesa hacia México, por su parte, fue más impulsiva, aunque en cierto sentido ineficaz. La confiscación de las propiedades de las compañías ferrocarrileras inglesas, llevada a cabo por Carranza, dividió las opiniones de las empresas y el gobierno británico. Mientras las primeras propusieron un golpe de Estado contra Carranza, el segundo buscó un entendimiento con él. Con todo, los resultados prácticos de la política británica fueron modestos, pues únicamente se consiguió utilizar la influencia militar del general Manuel Peláez para crearle hostilidad al carrancismo desde la región petrolera del estado de Tamaulipas.

En suma, ante las presiones de Estados Unidos e Inglaterra, Carranza opuso, primero, su apoyo subrepticio a las publicaciones proalemanas y su indulgencia a las actividades de es-

pionaje germanas, y, después, su afán por obtener asistencia financiera de ese país.

Finalmente, entre las conclusiones de *La Guerra Secreta* destaca una que, creo, abrevia el balance de las relaciones de México con los países poderosos durante la Primera Guerra Mundial: "...puede decirse que el gobierno mexicano, al que las grandes potencias veían únicamente como un instrumento maleable para sus propias políticas, logró invertir los papeles y explotar en su beneficio las rivalidades de aquéllas".

Carlos Macías

RODERIC AI CAMP

La formación de un gobernante, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

Desde hace ya algunas décadas la élite política mexicana ha constituido un tema de especulación y análisis favorito de los estudiosos norteamericanos, cuyo interés ha llevado a interpretaciones tan diversas como las de la "familia revolucionaria", de Brandenburg, el gobierno "mestizo", de Roger Hansen o la calculadora burocracia política que describe Peter Smith.

A diferencia de sus colegas, preocupados fundamentalmente por el funcionamiento interno del sistema político mexicano, Roderic Ai Camp ha concentrado sus esfuerzos en el origen intelectual de la élite, o para utilizar el propio concepto del autor, en su **socialización**: el interés de Camp es el de conocer a los hombres, los libros y las circunstancias históricas que moldearon la vocación y la orientación política de aquellos que han gobernado a México entre 1946 y 1970.

Punto de partida es la premisa

de que las influencias decisivas que impulsan a un hombre a dedicarse a la vida política se producen en los primeros veinticinco años de su vida (premisa que a su vez es fruto de numerosas investigaciones de empiristas norteamericanos como Prewitt, Putnam y el mismo Peter Smith, entre otros). Esto lleva a Camp a profundizar, a partir del método directo de la entrevista, en torno a la infancia y la juventud de 61 políticos escogidos de manera un tanto arbitraria, como consta en el apéndice.

La técnica de trabajo utilizada confiere un matiz peculiar al trabajo de Camp: la entrevista personal como fuente de información es, sin duda, el mejor material de primera mano para conocer la juventud de los viejos políticos y la percepción que cada uno tuvo de su época y de su futura participación en la historia del país. Pero la entrevista se sitúa, inevitablemente en el terreno de la subjetividad: Camp está hablando con hombres que estuvieron muy estrechamente involucrados en la transformación del México de Cárdenas al México devaluado y contradictorio de hoy; hombres que tienden a minimizar sus propios defectos y a encontrar profundas raíces históricas en su comportamiento político posterior. Como lo señala el propio autor de la introducción, "las personas tienden a ser selectivas en sus recuerdos, en especial ante las preguntas de un científico social". El resultado no puede verse sin un cierto grado de escepticismo: el libro es extraordinariamente rico en información pero peca de una excesiva indulgencia del autor hacia los políticos mexicanos, producto de la misma indulgente opinión que ellos emiten de sí mismos.

Por lo mismo y quizá también por las complejidades de nuestro

sistema político, las conclusiones de Camp se antojan demasiado generales y vagas. Se confirma la acción socializadora de los padres y los maestros, en especial los de la Escuela Nacional Preparatoria, se enfatiza el carácter oligárquico de la élite y se establecen algunos, aunque no muy convincentes, hilos conductores que unirían intelectualmente a los gobernantes con sus antecesores y maestros, y entre ellos mismos, pero, advierte repetidamente Camp, la élite tiene una enorme capacidad para adoptar nuevas ideologías o para subordinarse a las del Presidente en turno.

Si bien podemos tener reservas en cuanto a la aportación que **La formación de un gobernante** pueda brindarnos respecto al mejor conocimiento de los políticos mexicanos, debemos reconocer su indudable mérito en cuanto rescata una historia del país que, salvo por muy contadas excepciones, ha permanecido ignorada: la del ambiente intelectual que acompañó a la transformación social y política del país a partir de 1917. Aquí es indudable la capacidad del autor para extraer de las conversaciones con sus entrevistados el material que le permite reconstruir una época con sorprendente nitidez. Vasconcelos, Gómez Morín, Lombardo, Bassols, Antonio y Alfonso Caso, Samuel Ramos, adquieren una dimensión distinta cuando se les estudia no a partir de su obra escrita, sino de la huella dejada sobre las generaciones de estudiantes que se formaron bajo su dirección e influencia. Camp da así un paso adelante en el conocimiento de esa historia que, hasta ahora, ha estado confinada en los volúmenes de "memorias" (habría que mencionar aquí como gran excepción a los **Caudillos culturales de la Revolución Mexicana**, de Enrique Krauze) y que, desde

luego, es una veta que no se agota en este único libro. Por ello, el trabajo de Camp, más que una investigación conclusiva en torno a la educación política de los gobernantes mexicanos, constituye una incitación al estudio de nuestro pasado intelectual inmediato, al redescubrimiento de los numerosos hombres que en este libro cobran vida brevisimamente a través de las palabras de quienes los conocieron en la cátedra o en la tribuna política. Es este aspecto lo que hace del libro de Camp una lectura obligada para quienes se interesan por la historia política del país.

Cristina Puga

Tzvi Medin.

El maximato presidencial: historia política del maximato, 1928-1935.

El libro que ahora se reseña es parte de una importante labor de la editorial ERA, que en su afán por difundir diversos aspectos del proceso histórico mexicano presenta su colección Problemas de México, en la que ha editado las obras de un buen número de jóvenes investigadores nacionales, entre los cuales podemos señalar a Jorge Castañeda, Rocío Guadarrama y Arturo Anguiano, y a investigadores de reconocido prestigio como Arnaldo Córdova y Enrique Florescano.¹

En la misma colección se ha incluido también trabajos de algunos estudiosos extranjeros sobre la historia mexicana, tales como los de Woodrow Borah,

Michel Gutelman y Friedrich Katz, entre otros.²

La mencionada colección contempla una pluralidad de temas y periodos, al mismo tiempo que una amplia gama de matices de interpretación sobre la realidad nacional, que hacen de esta tarea editorial una de las más significativas para quienes estén interesados en la historia del país.

Resulta importante señalar que el texto del investigador israelí Tzvi Medin se inscribe en una ya larga tradición de trabajos realizados por estudiosos extranjeros sobre la realidad mexicana. Cabe destacar que en estos trabajos ocupa un lugar importante el análisis del proceso y los resultados de la Revolución de 1910. El desarrollo y las características de este proceso revolucionario, aunado a un largo periodo de estabilidad política, y hasta hace pocos años de un crecimiento económico más o menos constante, hicieron del caso mexicano un tema importante de reflexión para muchos analistas extranjeros.

Como muchos estudiosos nacionales, los fuereños, con diversas interpretaciones y fines, le han dedicado una buena parte de sus esfuerzos a la investigación del proceso renovador de los años treinta, sin duda uno de los periodos clave en el proceso de conformación del México actual.

Muchos autores norteamericanos, soviéticos, sudamericanos y europeos han tratado de esclarecer el proceso de gestación de las instituciones y los movimientos sociales de esos años.

Tzvi Medin nos había ofrecido

ya con anterioridad otro producto de su interés por la situación de México: en 1972 la editorial Siglo XXI publicó su libro **Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas**. En este nuevo libro su atención se ubica en el periodo 1928-1935, donde trata de caracterizar el mecanismo de poder político alternativo al que había destruido la Revolución de 1910.

A pesar de que desde la introducción se señala que el mecanismo del poder político del periodo cardenista "no fue el producto del genio filosófico de algún mexicano, sino la consecuencia de un desarrollo histórico durante el cual los protagonistas principales intentaron dar diferentes respuestas en función de la realidad mexicana de la cual ellos mismos eran representantes privilegiados",³ la personalización de los problemas y tendencias políticas no deja en claro cual fue ese "desarrollo histórico".

El objeto de la investigación es el estudio del proceso político del maximato "que procedió a la fórmula final del cardenismo, fórmula que surgió del desarrollo del maximato y en gran parte como reacción dialéctica del mismo".⁴

Para Medin, "la metodología de una investigación surge en gran medida (...) de la naturaleza del periodo histórico tratado. Debido a que el denominado maximato **no es un momento histórico de reestructuraciones sociales y económicas** sino que gira fundamentalmente alrededor de las intrigas políticas en las que se miden los principales integrantes de la oligarquía política",⁵ el estudio se

¹ Los trabajos publicados de dichos autores son, respectivamente: *Los últimos capitalismos*; *Los sindicatos y la política en México*; la *CROM, 1918-1928*; *El Estado y la política obrera del cardenismo*; *La formación del poder político en México y Estructuras y problemas agrarios de México*.

² De Borah se publicó *El siglo de la depresión en la Nueva España*; mientras que de Gutelman apareció *Capitalismo y reforma agraria en México* y Katz, en esta colección, *La servidumbre agraria en México en la época del porfiriato*.

³ Tzvi Medin, *El maximato presidencial: historia política del maximato, 1928-1935*. México, Era, 1982, 176 pp. p. 13

⁴ Medin, *op. cit.*, p. 14.

⁵ *Ibidem.*, p. 14 (El subrayado es nuestro).

enfoca precisamente a las relaciones y rivalidades de los hombres que formaban parte de esta oligarquía.

Se trata pues de una investigación desde arriba, ya ni siquiera de las clases sino de los individuos y facciones dominantes, cuyo resultado es una serie de interesantes proposiciones en torno al mecanismo de poder político ideado por Plutarco Elías Calles, enmarcadas en un relato de intrigas, chismes políticos, anécdotas y aspiraciones personales de poder al margen de la situación que los produjo.

A esta consideración corresponde el empleo y la índole de las fuentes consultadas por el autor, quien hizo "uso abundante de los testimonios escritos y orales de los protagonistas del momento".⁶ Se recogen, pues, no sólo los materiales dejados por los "actores" del período, sino que se realizó también una tarea importante al entrevistar a los sobrevivientes para tratar de abundar en el esclarecimiento de los hechos.

Tzvi Medin señala sin embargo las limitaciones de este último tipo de fuentes, ya que los testimonios orales "continúan de hecho su pugna (de los protagonistas) aunque esta vez ya no por el poder político sino en gran medida por su lugar en la historia".⁷

Este tipo de testimonios no cambian pues el sentido, sino la forma de expresión de los poderosos, quienes ya en sus memorias, autobiografías y otros testimonios de naturaleza similar contemplan no una lucha directa por el poder político, sino también "su lugar en la historia".

Se trata, así, de un tipo de investigación en la cual se da, natural-

mente, una mayor importancia a la esfera política personalista en la que el mensaje político, los discursos, los recados, la frase de pasillo o el testimonio de apariencia casual de una memoria, cuentan más que cualquier huelga, manifestación callejera u otras formas de expresión de la multitud.

En el trabajo se divide claramente el minimato presidencial en dos momentos: uno de casi exclusiva participación oligárquica y otro, el cardenista, con la presencia activa de las masas. Esta periodización trae inevitablemente a la memoria las preguntas de un obrero ante un libro del famoso poema de Bertolt Brecht, y que podemos parodiar con algunas ideas del libro de Medin:

Calles fundó el PNR,
¿él sólo?
Cárdenas comprendió que el objetivo era el poder político,
¿arrastró a las masas porque él sabía y ellas no?

En otras palabras, la periodización usada por Medin contempla un momento de participación política personal o, a lo más, de facciones, y uno posterior de participación de masas, lo cual supone que los excluidos del proceso de decisión política están igualmente excluidos de la historia, a pesar de ser los innumerables y anónimos individuos que constituyen el apoyo social de aquéllos, y cuya presencia se toma solamente en momentos de irrupción espectacular o como elementos dóciles y sumisos al servicio de los grandes.⁸

La importancia de desentrañar los mecanismos de gestación del sistema político mexicano es indudable; el trabajo de Medin deja ver que todavía nos queda un camino

largo que recorrer para lograrlo. Más allá de la descripción de afanes personales de poder y de voluntaristas visiones de la historia, el autor llega al análisis profundo de los procesos históricos que engendran la situación estudiada.

El uso u abuso de los *ismos* personalistas, está lejos de dar respuesta a las interrogantes sobre la conformación de un mecanismo político de poder; callista, obregonista, portesgilista, ortizrubistas, cardenistas o personalistas, no nos dicen mucho de una época si no se caracterizan los componentes, los intereses, la fuerza o los proyectos de cada uno de estos *ismos*.

¿Por qué los callistas permitieron la reelección de Obregón? ¿Por qué la muerte del caudillo sonoreense liquidó tan pronto a los obregonistas? Como, a pesar de que Medin reconoce la debilidad de Calles frente a los obregonistas, se pudo imponer a ellos? ¿Cómo se explica que Aarón Sáenz, líder de los obregonistas, fuera más tarde —y a pesar de todo— miembro del club callista? ¿Por qué el callista Cárdenas se hace luego representante de su propio *ismo*? En este sentido, toda historia por arriba corre el riesgo de quedarse sin su sustento de abajo, y aquí no se observa la utilidad de caracterizar la lucha de facciones como políticas de *ismos* que nada dicen sobre sus bases.

En palabras del propio autor, "todos eran callistas, inclusive los derrotados por Calles, porque en Calles residía la posibilidad de continuar en la vida política."⁹

De lo anterior podemos deducir que los *ismos* se determinan sólo en función de las posibilidades de "continuar en la vida política", y que en la contienda por el poder los hombres adoptan el *ismo* en turno que les permitía continuar en esa arena.

⁶ *Ibidem*.

⁷ *Ibidem*.

⁸ Una crítica de dicha concepción de la historia puede verse en Jean Chesnaux, *¿Hacemos tabla rasa del pasado?*, México, Siglo XXI, 1977. Especialmente el capítulo "Historia por arriba e historia por abajo. Las masas populares en la historia".

⁹ Medin, *op. cit.*, p.94.

Este tipo de análisis deja, pues, como ha sucedido en otros países —recuérdese el ejemplo tan controvertido y actual del peronismo—, a un lado la complejidad de la realidad en función de una necesidad didáctica de su interpretación global. En este sentido, si callistas eran todos, no lo era ninguno, pues el callismo como categoría de análisis debe ir más allá del mero acomodo temporal de los protagonistas para ser considerado seriamente como un proyecto histórico o, en última instancia, como una corriente o facción política determinada.

Dos últimos aspectos del trabajo interesa destacar; por una parte la caracterización de la política mexicana de aquellos años como una práctica maquiavélica, por otra, la fórmula sintética de Tzvi Medin sobre el mecanismo de poder callista.

Para el autor que reseñamos los políticos mexicanos son discípulos destacados del pensador florentino; “el príncipe”, en su imagen vulgar y mitificada, era un mero aprendiz de los “actores” de la

política nacional, cuyas virtudes eran el engaño, el crimen, la traición, el ocultamiento y la deslealtad, pero sobre todo la voluntad de poder que hace de la política una especie de gran ajedrez social.

Del texto que comentamos puede desprenderse que en este juego la mayor parte de las piezas son movidas por titánicos jugadores, hasta que una de ellas cobra voluntad propia, actuando contra su propio jugador, para finalmente desplazarlo del juego.

El segundo de los aspectos mencionados se refiere al análisis del mecanismo de poder ideado y puesto en práctica durante la etapa que abarca el libro, y que a nuestro modo de ver resulta lo más interesante del trabajo.

Según Medin, “el dominio político debía expresarse en el mecanismo político del maxismo por un doble cause: Jefe Máximo PNR-Cámaras-Presidente por un lado, y Jefe Máximo —Gobierno— Presidente, en este orden, por otro. En caso de situaciones problemáticas, Calles intervendría directa y personal-

mente, tal cual se vio necesitado” en algunas ocasiones.¹⁰

El cardenismo, como señala el autor, estableció la fórmula final, legando al país “una fórmula política centrada en esta hegemonía política absoluta que parecería indispensable en la realidad sociopolítica mexicana, pero no se trató (como quiso hacerlo Calles) de la hegemonía personal e individual del caudillo, y él mismo no se perpetuó en el cargo presidencial”.¹¹

La fórmula, sin embargo, como afirma Tzvi Medin, no hubiera sido posible sin los antecedentes del maxismo, su transcurso “revela rápidamente, sobre el trasfondo del anulamiento del principio del sufragio efectivo, que si el presidente no fija su sucesor pierde no sólo esa prerrogativa, sino también la misma posibilidad de gobernar durante su propio período”.¹²

¹⁰ *Ibidem.*, p. 80.

¹¹ *Ibidem.*, p. 164.

¹² *Ibidem.*, p. 111.

Luis Alberto de la Garza